
SEGUNDA PUÑALADA AL NACIONALISMO

*Recopilación de textos anarquistas
contra el nacionalismo II*



Segunda puñalada al nacionalismo

*Recopilación de textos anarquistas
contra el nacionalismo II*

enero 2018

Índice:

<i>Cartas contra el patriotismo de los burgueses</i>	pág 8
<i>Patriotismo, una amenaza para la libertad</i>	pág 23
<i>Perplejidades intempestivas</i>	pág 32
<i>Ningún Estado nos hará libres</i>	pág 38
<i>Comunicado anarquista para los que apoyan al Congreso Nacional Indígena</i>	pág 40
<i>Destruye las barreras</i>	pág 48

Introducción

Existe una firme voluntad en el Poder de incentivar desde la confusión la exaltación nacionalista. Pudiera parecer no intencionada la multitud de definiciones, argumentos que se contradicen o interpretaciones que rodean a conceptos como nación, patria, independendencia, autodeterminación o pueblo. Pero no lo es.

Se genera así una extraña nebulosa donde un dirigente liberal y derechista se convierte en represaliado político, como representante de una comunidad nacional, que bajo la legitimidad democrática se ha dotado de una República como concreción de ese proyecto de nación. Y los que hacía poco rodeaban la máxima institución de esa nueva república, el Parlament, como estallido contra un gobierno autonómico que comandaba las medidas neoliberales con la vieja excusa de la crisis, ahora claman y vitorean a sus dirigentes. En la otra cara de la moneda nos encontramos con que los -en apariencia- inofensivos trapos que ondeaban en edificios públicos, movilizan pasiones y masas y dan pie y espacio al fascismo, que se encuentra como Pedro por su casa en un contexto de tensión nacionalista.

Y es que el nacionalismo, siempre está ahí. Por eso es tan sencillo despertar en los individuos, especialmente en lxs explotadxs, el sentimiento identitario, porque previamente, ha habido un proceso de reproducción social y naturalización del nacionalismo en medios de comunicación,

sistema educativo, deporte, tradiciones... Unido todo esto a las mentiras que políticos y periodistas, que nos aseguraban que el nacionalismo, bien era cosa del pasado o bien era una causa de la periferias globales, solo seguida por unos cuantos fanáticos y extremistas. Todo ello enunciado bajo la firme vigilancia del estandarte nacional. La nebulosa.

Es importante apuntar directa y claramente si queremos destapar al monstruo que se camufla bajo las identidades nacionales: el Estado y el capitalismo, los ricos y poderosos que juegan la vieja carta nacionalista. Sirva esta segunda puñalada al nacionalismo en forma de diferentes textos ácratas como una herramienta para atacar al talón de Aquiles de la bestia.

Muerte a las naciones y que viva la anarquía.

Cartas contra el patriotismo de los burgueses

*Extracto de la recopilación de cartas editadas en el libro
“Cartas contra el patriotismo de los burgueses” de Mijail Bakunin¹.*

III

He dicho que la mala conciencia de los burgueses ha paralizado desde principios de siglo todo el sentimiento intelectual y moral de la burguesía; pues bien, reemplazo la palabra paralización por desnaturalización, porque sería injusto decir que ha habido paralización o ausencia de movimiento en un espíritu que, pasando de la teoría a la aplicación de ciencias positivas, ha creado todos los milagros de la industria moderna, como los vapores, los ferrocarriles y el telégrafo, por una parte, y por otra, una ciencia nueva, la estadística, e impulsando la economía política y la historia crítica del desarrollo de la riqueza y de la civilización de los pueblos hasta sus últimos resultados, ha puesto las bases de una filosofía nueva, el socialismo, que no es otra cosa, desde el punto de vista de los intereses exclusivos de la burguesía, más que un sublime suicidio, la negación del mundo burgués.

La paralización no vino hasta después de 1848, cuando asustada del resultado de sus primeros trabajos, la burguesía se echó ciegamente atrás y, para conservar sus bienes, renunció a todo pensamiento y a toda voluntad, se sometió al protectorado militar y se entregó en cuerpo y alma a la más completa reacción. Desde esa época no ha inventado nada y ha perdido,

¹ N.d.E.: Publicamos de la tercera carta hasta la séptima inclusive. Es sencillo encontrar por internet y en puntos de venta de libros anarquistas las cartas completas.

con el valor, hasta el poder creador. No tiene ni el poder ni el espíritu de la conservación, porque todo lo que ha hecho y lo que hace por su bien la empuja fatalmente al abismo.

Hasta 1848 estuvo aún llena de vigor. Sin duda, su espíritu no tenía esa savia vigorosa que en el siglo XVI y en el siglo XVIII la habían hecho crear un mundo nuevo; no era el espíritu heroico de una clase que había tenido todas las audacias, porque tenía necesidad de conquistar; era el espíritu sabio y reflexivo de un nuevo propietario que, después de haber adquirido un bien ardientemente deseado, le hace prosperar y valer. Lo que caracteriza sobre todo el espíritu burgués en la primera mitad de este siglo, es una tendencia casi exclusivamente utilitaria.

Se le ha reprochado, y se ha hecho mal; yo pienso, por el contrario, que ha prestado un último y gran servicio a la humanidad, practicando, más con el ejemplo, que con teorías, el culto, o mejor dicho, el respeto a los intereses materiales. En el fondo, estos intereses han prevalecido siempre en el mundo, pero se han manifestado constantemente bajo la forma de un idealismo hipócrita o malsano que los ha transformado en intereses malos e inicuos.

Cualquiera que se haya ocupado un poco de historia, se habrá percatado de que en el fondo de las luchas religiosas y teológicas más abstractas, más sublimes y más ideales, hay siempre algún gran interés material. Todas las guerras de razas, de naciones, de Estados y de clases, no han tenido jamás otro objetivo que la dominación, condición y garantía necesarias de la posesión y del goce. La historia humana, desde ese punto de vista, no es más que la continuación del gran combate por la vida que, según Darwin, constituye la fe fundamental de la naturaleza orgánica.

En el mundo animal, este combate se hace sin ideas y sin frases y también sin solución; mientras exista la Tierra, el mundo animal se devorará entre sí; esta es la condición natural de la vida. Los hombres, animales carnívoros por excelencia, han empezado su historia por la antropofagia y tienden hoy a la asociación universal, a la producción y al goce colectivo. Pero entre estos dos términos, ¡qué tragedia existe tan sangrienta y horrible! Y aún no hemos acabado con esa tragedia. Después de la antropofagia vino la esclavitud, después el servilismo, después el servilismo asalariado, al cual debe suceder primero el día terrible de la justicia, y más tarde, la era de la fraternidad.

He aquí fases por las cuales el combate animal por la vida se transforma gradualmente, en la historia, en la organización humana de la vida. Y en medio de esta lucha fratricida de los hombres contra los hombres, en este encarnizamiento mutuo, en este servilismo y en esta explotación de los unos por los otros, que, cambiando de nombre y de forma, se ha mantenido a través de todos los siglos hasta los nuestros, ¿qué papel desempeña la religión?

Ha santificado siempre la violencia y la ha transformado en derecho. Ha transportado a un cielo ficticio la humanidad, la justicia y la fraternidad, para dejar sobre la Tierra el reinado de la iniquidad y de la brutalidad; bendijo a los malvados, y para hacerlos aún más felices, predicó la resignación y la obediencia a sus innumerables víctimas, los pueblos. Y cuanto más sublime aparecía el ideal que adoraba en el cielo, más horrible aparecía la realidad de la Tierra, porque éste es el carácter propio de todo idealismo, tanto religioso como metafísico: despreciar el mundo real, y, despreciándolo, explotarlo, de donde resulta que tanto idealismo engendra necesariamente la hipocresía.

El hombre es materia, y no puede impunemente despreciar la materia. Es un animal, y no puede destruir la bestialidad, pero puede y debe transformarla y humanizarla por medio de la libertad, es decir, por la acción combinada de la justicia y de la razón; pero siempre que el hombre ha querido hacer abstracción de su bestialidad, se ha convertido en el juguete, el esclavo y con frecuencia, el servidor hipócrita; testigo de esto, los sacerdotes de la religión más ideal y más absurda del mundo: el catolicismo.

Comparad su conocida obscenidad con el juramento de castidad; comparad su codicia insaciable con su doctrina de renuncia a todos los bienes de este mundo, y confesad que no existen seres tan materialistas como esos predicadores del idealismo cristiano. En esta hora, ¿cuál es la cuestión que agita a toda la Iglesia? Es la conservación de sus bienes, que amenaza confiscar en todas partes esa otra Iglesia, expresión del idealismo político, el Estado.

El idealismo político no es ni menos absurdo, ni menos pernicioso, ni menos hipócrita que el idealismo de la religión, del cual no es nada más que una forma diferente, la expresión o la aplicación terrestre o mundana. El Estado es el hermano menor de la Iglesia, y el patriotismo, esa virtud y ese culto del Estado, no es otra cosa que un reflejo del culto divino.

El hombre virtuoso, según los preceptos de la escuela ideal, religiosa y política a la vez, debe servir a Dios y ser devoto del Estado, y el utilitarismo burgués de esa doctrina es el que comenzó a hacer justicia desde el principio de este siglo.

(Del periódico ginebrino Le Progrès, del 14 de abril de 1869).

IV

Uno de los más grandes servicios prestados por el utilitarismo burgués, ya he dicho que fue matar la religión del Estado, el patriotismo.

El patriotismo ya se sabe que es una virtud antigua nacida en las repúblicas griegas y romanas, donde no hubo jamás otra religión real que la del Estado, ni otro objeto de culto que el Estado.

¿Qué es el Estado? Es, nos contestan los metafísicos y los doctores en derecho, la cosa pública, los intereses, el bien colectivo y el derecho de todo el mundo, opuestos a la acción disolvente de los intereses y de las pasiones egoístas de cada uno. Es la justicia y la realización de la moral y de la virtud sobre la Tierra.

Por consecuencia, no hay acto más sublime ni más grande deber para los individuos que sacrificarse, que entregarse, y en caso de necesidad, morir por el triunfo, por la potencia del Estado.

He ahí en pocas palabras toda la teología del Estado. Veamos ahora si esa teología política, lo mismo que la teología religiosa, oculta bajo muy bellas y muy poéticas apariencias, realidades muy comunes y muy sucias.

Analicemos primeramente la idea misma del Estado, tal como nos la representan sus propugnadores. Es el sacrificio de la libertad natural y de los intereses de cada uno, de los individuos tanto como de las unidades colectivas, comparativamente pequeñas: asociaciones, comunas y provincias, a los intereses y a la libertad de todo el mundo, a la prosperidad del gran conjunto. Pero ese todo el mundo, ese gran conjunto, ¿qué es en realidad? Es la aglomeración de todos los individuos y de todas las colectividades humanas más restringidas que lo componen. Pero desde el momento que para componerlo y para coordinarse en él, todos los intereses individuales y locales deben ser sacrificados, el todo que supuestamente les

representa, ¿qué es en efecto? No es el conjunto viviente, que deja respirar a cada uno a sus anchas y se vuelve tanto más fecundo, más poderoso y más libre cuanto más plenamente se desarrollan en su seno la plena libertad y la prosperidad de cada uno; no es la sociedad humana natural, que confirma y aumenta la vida de cada uno por la vida de todos; es, al contrario, la inmolación de cada individuo como de todas las asociaciones locales, la abstracción destructiva de la sociedad viviente, la limitación, o por decir mejor, la completa negación de la vida y del derecho de todas las partes que componen ese todo el mundo, por el llamado bien de todo el mundo; es el Estado, es el altar de la religión política sobre el cual siempre es inmolada la sociedad natural: una universalidad devoradora, que vive de sacrificios humanos como la Iglesia. El Estado, lo repito, es el hermano menor de la Iglesia.

Para probar esta identidad de la Iglesia y del Estado, ruego al lector que verifique este hecho: que la una y el otro están fundados esencialmente en la idea del sacrificio de la vida y del derecho natural, y que parten igualmente del mismo principio: el de la maldad natural de los hombres, que no puede ser vencida, según la Iglesia, más que por la gracia divina y por la muerte del hombre natural en Dios, y según el Estado, por la ley, y por la inmolación del individuo ante el altar del Estado. La una y el otro tienden a transformar al hombre, la una en un santo, el otro en un ciudadano. Pero el hombre natural debe morir, porque su condena es unánimemente pronunciada por la religión de la Iglesia y por la del Estado.

Tal es su pureza ideal: la teoría idéntica de la Iglesia y del Estado. Es una pura abstracción; pero toda abstracción histórica supone hechos históricos. Estos hechos, como lo he dicho ya en mi artículo precedente, son de una naturaleza enteramente real, enteramente brutal: es la violencia, el despojo, el sometimiento, la conquista. El hombre está formado de tal manera que no se contenta con hacer, tiene además necesidad de explicarse y de legitimar, ante su propia conciencia y a los ojos de todo el mundo, lo que ha hecho.

La religión llega a punto para bendecir los hechos consumados y, gracias a esta bendición, el hecho inicuo y brutal se transforma en derecho. La ciencia jurídica y el derecho político, como se sabe, han nacido de la teología y más tarde de la metafísica, que no es otra cosa que una teología disfrazada que tiene la ridícula pretensión de no querer ser absurda y se esfuerza vanamente en darse el carácter de ciencia.

Veamos ahora esta abstracción del Estado, paralela a la abstracción histórica que se llama Iglesia, qué papel juega y continúa jugando en la vida real y en la sociedad humana. He dicho que el Estado, por su mismo principio, es un inmenso cementerio; donde vienen a sacrificarse, a morir y a enterrarse todas las manifestaciones de la vida individual y local, todos los intereses de las partes cuyo conjunto constituye precisamente la sociedad; es el altar donde la libertad real y el bienestar de los pueblos se inmolan a la grandeza política, y cuanto más completa es esa inmolación, más perfecto es el Estado. He deducido y estoy convencido de que el Imperio de Rusia es el Estado por excelencia, el Estado sin retórica ni frases, el más perfecto de Europa. Por el contrario, todos los Estados en los cuales los pueblos puedan aún respirar, son, desde el punto de vista del ideal, Estados incompletos, como todas las Iglesias, en comparación de la Iglesia Católica Romana son Iglesias incompletas.

El Estado es una abstracción devoradora de la vida popular; mas para que una abstracción pueda nacer, desarrollarse y continuar, es preciso que haya un cuerpo colectivo real que esté interesado en su existencia. Esto no puede serlo la masa popular, porque es precisamente la víctima. El cuerpo sacerdotal del Estado debe ser un cuerpo privilegiado, porque los que gobiernan el Estado son como los sacerdotes de la religión en la Iglesia.

En efecto, ¿qué vemos en la Historia? Que el Estado ha sido siempre el patrimonio de una clase privilegiada, como la clase sacerdotal, la clase nobiliaria, la clase burguesa; clase burocrática, al fin, porque cuando todas las clases se han aniquilado, el Estado cae o se eleva como una máquina; pero para el bien del Estado es preciso que haya una clase privilegiada cualquiera que se interese por su existencia, y es, precisamente, el interés solidario de esta clase privilegiada, lo que se llama patriotismo.

(Del periódico ginebrino *Le Progrès*, del 28 de abril de 1869).

V

El patriotismo, en el sentido complejo que se atribuye ordinariamente a esta palabra, ¿ha sido una pasión y una virtud popular?

Con la Historia en la mano no dudo en responder a esta pregunta con un no decisivo, y para probar al lector que no me equivoco al contestar así, le pido permiso para analizar los principales elementos que, combinados, de una

manera más o menos diferente, constituyen lo que se llama patriotismo.

Estos elementos son cuatro:

1º el elemento natural o fisiológico;

2º el elemento económico;

3º el elemento político y;

4º el elemento religioso o fanático.

El elemento fisiológico es el fondo principal de todo patriotismo, sencillo, instintivo y brutal. Es una pasión natural que, precisamente por ser muy natural, está en contradicción con toda política, y lo que es peor, dificulta el desarrollo económico, científico y humano de la sociedad.

El patriotismo natural es un hecho puramente bestial que se encuentre en todos los grados de la vida animal y hasta cierto punto en la vida vegetal; el patriotismo, tomado en este sentido, es una guerra de destrucción; es la primera expresión humana de ese grande y fatal combate por la existencia que constituye todo el desarrollo, toda la vida del mundo natural o real; combate incesante, devorador, universal, que nutre a cada individuo y a cada especie con la carne y la sangre de los individuos extranjeros, que, renovándose fatalmente a cada instante, hace vivir y prosperar y desarrollarse las especies más completas, más inteligentes y más fuertes a expensas de las demás.

Los que se ocupan de agricultura o de jardinería, saben lo que les cuesta preservar sus plantas de la invasión de esos grandes parásitos, que les disputan la luz y los elementos químicos de la tierra, indispensables a su nutrición; la planta más poderosa, la que se adapta mejor a las condiciones particulares del clima y del suelo, como se desarrolla siempre con un vigor relativamente grande, tiende a matar a las otras; es una lucha silenciosa, pero sin tregua, y precisa toda la enérgica intervención del hombre para proteger contra esta invasión a las plantas que prefiere.

En el mundo animal, se reproduce la misma lucha, pero más ruidosa y dramáticamente; no es la lucha silenciosa y sin ruido; la sangre corre, y el animal destrozado, devorado y torturado, llena el aire con sus gemidos. Por fin, el hombre, animal parlante, introduce la primera frase en esta lucha, y esa frase se llama el patriotismo.

El combate de la vida en el mundo animal y vegetal, no es sólo una lucha individual, es una lucha de especies, de grupos y de familias, unas contra otras. En cada ser viviente hay dos instintos, dos grandes intereses prin-

cipales: el del alimento y el de la reproducción. Bajo el punto de vista de la nutrición, cada individuo es el enemigo natural de todos los otros sin consideración de lazos de familia, de grupos, ni de especies. El proverbio de que los lobos unos a otros no se muerden, no es verdad sino mientras los lobos encuentran otros animales diferentes para saciar su apetito, pero cuando éstos faltan, se devoran tranquilamente entre sí. Los gatos y las truchas y muchos otros animales, se comen con frecuencia a sus propios hijos, y no hay animal que no lo haga siempre que se encuentre acosado por el hambre.

Las sociedades humanas, ¿no han empezado por la antropofagia? ¿Quién no ha oído esas lamentables historias de naufragos que, perdidos en el Océano sobre una débil embarcación y acosados por el hambre, han echado suertes sobre quién había de ser devorado por los otros? Y durante esa terrible hambre que acaba de diezmar a Argel, ¿no hemos visto madres devorar a sus propios hijos?

Es que el hambre es un rudo e invencible déspota, y la necesidad de nutrirse, necesidad individual, es la primera ley y condición suprema de la vida; es la base de toda vida humana y social, como lo es también de la vida animal y vegetal. Rebelarse contra ésta, es aniquilar todo lo demás, es condenarse a la nada.

Pero al lado de esta ley fundamental de la naturaleza viviente hay otra también muy esencial: la de la reproducción. La primera tiende a la conservación de los individuos, la segunda a la constitución de las familias.

Los individuos, para reproducirse, impulsados por una necesidad natural, buscan para unirse los individuos que por su organización se les parecen más. Hay diferencias de organización que hacen la unión estéril y a veces imposible. Esta imposibilidad es evidente entre el mundo vegetal y el mundo animal; pero en este último, la unión de los cuadrúpedos, por ejemplo, con los pájaros y los peces, los reptiles o los insectos, es igualmente imposible. Si nos limitamos a los cuadrúpedos, encontraremos la misma imposibilidad entre dos grupos diferentes y llegamos a la conclusión de que la capacidad de la unión y el poder de la reproducción no es real para cada individuo sino en una esfera muy limitada de individuos que están dotados de una organización idéntica o aproximada a la suya, constituyendo con él el mismo grupo o la misma familia.

El instinto de reproducción establece el único lazo de solidaridad que puede existir entre los individuos del mundo animal, y en donde cesa la capacidad de unión, cesa también la solidaridad animal. Todo lo que queda

fuera de esa posibilidad de reproducción para los individuos, constituye una especie diferente, un mundo absolutamente extraño, hostil y condenado a la destrucción; todo lo que aquí se encierra constituye la gran patria de la especie; como, por ejemplo, la humanidad para los hombres.

Pero esa destrucción mutua de los individuos vivientes no se encuentra sólo en los lindes de ese mundo limitado que llamamos la gran patria; los encontramos tan feroces y algunas veces más en medio de ese mundo, a causa de la resistencia y de la competencia que encuentran, porque las luchas crueles del amor se mezclan con las del hambre.

Además, cada especie de animales se subdivide en grupos y en familias diferentes bajo la influencia de las condiciones geográficas y climatológicas de los diferentes países que habita; la diferencia más o menos grande de las condiciones de vida, determina una diferencia correspondiente en la organización de los individuos que pertenecen a la misma especie.

Ya se sabe que todo animal busca naturalmente la unión con el ser que más se le parezca, de donde resulta el desarrollo de una gran cantidad de variedades dentro de la misma especie; y como las diferencias que separan todas estas variaciones se fundan principalmente en la reproducción, y la reproducción es la única base de toda solidaridad animal, es evidente que la gran solidaridad de la especie debe subdividirse en otras tantas solidaridades más limitadas, o que la gran patria debe dividirse en una multitud de pequeñas patrias animales, hostiles y destructoras las unas de las otras.

(Del periódico ginebrino *Le Progrès*, del 25 de mayo de 1869).

VI

Ya he demostrado en mi carta precedente que el patriotismo, como cualidad o pasión natural, procede de una ley fisiológica, de la que se determina precisamente la separación de los seres vivientes en especies, en familias y en grupos.

La pasión patriótica es evidentemente una pasión solidaria. Para encontrarla más explícita y más claramente determinada en el mundo animal, es preciso buscarla, sobre todo, entre las especies de animales que, como el hombre, están dotados de una naturaleza eminentemente sociable; por ejemplo, entre las hormigas, las abejas, los castores y muchos otros que

tienen habitaciones comunes, lo mismo que entre las especies que vagan en manadas; los animales con domicilio colectivo y fijo representan siempre, desde el punto de vista natural, el patriotismo de los pueblos agricultores, y los animales vagabundos en manadas, el de los pueblos nómadas. Es evidente que el primero es más completo que el último, puesto que éste no implica más que la solidaridad de los individuos en manada y el primero añade a la de los individuos la del suelo y el domicilio que habitan.

La costumbre, para los animales lo mismo que para los hombres, constituye una segunda naturaleza, y ciertas maneras de vivir están mejor determinadas, más fijas entre los animales colectivamente sedentarios que entre las manadas vagabundas; y las diferentes costumbres y las maneras particulares de existencia constituyen un elemento esencial del patriotismo. Se podría definir el patriotismo natural así: es una adhesión instintiva, maquinal y completamente desnuda de crítica a las costumbres de existencia colectivamente tomadas y hereditarias o tradicionales, y una hostilidad también instintiva y maquinal contra toda otra manera de vivir. Es el amor de los suyos y de lo suyo y el odio a todo lo que tiene un carácter extranjero. El patriotismo es un egoísmo colectivo, por una parte, y, por la otra, la guerra.

No es una solidaridad bastante poderosa para que los miembros de una colectividad animal no se devoren entre sí en caso de necesidad, pero es bastante fuerte para que todos sus individuos, olvidando sus discordias civiles, se unan contra cada intruso que llegue de una colectividad extraña. Ved los perros de un pueblo, por ejemplo. Los perros no forman, por regla general, República colectiva; abandonados a sus propios instintos, viven errantes como los lobos y sólo bajo la influencia del hombre se hacen animales sedentarios, pero una vez domesticados constituyen en cada pueblo una especie de República fundada en la libertad individual, según la fórmula tan querida de los economistas burgueses; cada uno para sí y el diablo para el último. Cuando un perro del pueblo vecino pasa solo por la calle de otro pueblo, todos sus semejantes en discordias se van en masa contra del desdichado forastero.

Yo pregunto, ¿no es esto la copia fiel o mejor dicho el original de las copias que se repiten todos los días en la sociedad humana? ¿No es una manifestación perfecta de ese patriotismo natural del que yo he dicho y repito que no es más que una pasión brutal? Bestial, lo es, sin duda, porque los perros incontestablemente son bestias, y el hombre, animal como el perro y como todos los animales en la Tierra, pero animal dotado de la facultad fisiológica de pensar y hablar, comienza su historia por la bestialidad para

llegar, a través de los siglos, a la conquista y a la constitución más perfecta de su humanidad.

Una vez conocido el origen del hombre, no hay que extrañarse de su bestialidad, que es un hecho natural, entre otros hechos naturales, ni indignarse contra ella, pues no es preciso combatirla con energía, porque toda la vida humana del hombre no es más que un combate incesante contra su bestialidad natural en provecho de su humanidad.

Yo he querido hacer constar solamente que el patriotismo que nos cantan los poetas, los políticos de todas las escuelas, los gobernantes y todas las clases privilegiadas como una virtud ideal y sublime, tiene sus raíces, no en la humanidad del hombre, sino en su bestialidad.

En efecto, en el origen de la Historia, y actualmente en las partes menos civilizadas de la sociedad humana, vemos reinar el patriotismo natural. Constituye en las colectividades humanas un sentimiento mucho más complicado que en las otras colectividades animales, por la sola razón de que la vida del hombre abraza incomparablemente más objetos que la de los animales; a las costumbres y a las tradiciones físicas se unen en él las tradiciones más o menos abstractas, intelectuales y morales y una multitud de ideas y de representaciones falsas o verdaderas con diferentes costumbres religiosas, económicas, políticas y sociales; todo esto constituido en tantos elementos de patriotismo natural del hombre, mientras todas estas cosas, combinándose de una manera o de otra, forman, con una colectividad cualquiera, un modo particular de existencia, de una manera tradicional de vivir, de pensar y de obrar distinto de las otras.

Pero aunque haya alguna diferencia entre el patriotismo natural de las colectividades animales, con relación a la cantidad y a la calidad de los objetos que abraza, tiene de común que son igualmente pasiones instintivas, tradicionales, habituales y colectivas, y que la intensidad del uno como la del otro no depende en modo alguno de la naturaleza de su contenido; por el contrario, se puede decir que cuanto menos se complica el contenido, más sencillo, más intenso y más enérgicamente exclusivo es el sentimiento patriótico que le manifiesta y le expresa.

El animal está evidentemente mucho más ligado que el hombre a las costumbres tradicionales de la colectividad de que forma parte; en él, esa adhesión patriótica es fatal, e incapaz de defenderse por sí mismo, no se libra alguna vez más que por la influencia del hombre; lo mismo pasa en las colectividades humanas; cuanto menor es la civilización, menos complicado y más sencillo es el fondo de la vida social y más natural el patriotismo,

es decir, la adhesión instintiva de los individuos por todas las costumbres naturales, intelectuales y morales que constituyen la vida tradicional de una colectividad particular, así como es más intenso el odio por todo lo que se diferencia y es considerado extranjero. De aquí resulta que el patriotismo natural, esté en razón inversa de la civilización, es decir, del triunfo de la humanidad en las sociedades humanas.

Nadie disputará que el patriotismo instintivo o natural de las miserables poblaciones de las zonas heladas, que la civilización humana apenas ha desflorado y donde la vida material es tan pobre, no sea infinitamente más fuerte o más exclusivo que el patriotismo de un francés, de un inglés o de un alemán, por ejemplo. El alemán, el inglés, el francés, puede vivir y aclimatarse en todas partes, mientras el habitante de las regiones polares moriría pronto de nostalgia si lo separasen de su país, y sin embargo, ¿hay algo más miserable y menos humano que su existencia? Esto prueba una vez más que la intensidad del patriotismo natural no es una prueba de humanidad, sino de brutalidad.

Al lado de este elemento positivo de patriotismo, que consiste en la adhesión instintiva de los individuos al modo particular de la existencia colectiva de la cual son miembros, está el elemento negativo, tan esencial como el primero y del cual es inseparable: es el horror igualmente instintivo por todo lo extranjero, instintivo y por consecuencia bestial; sí, bestial realmente, porque este horror es tanto más enérgico e invencible que el que siente cuando menos se piensa y se comprende, y, por consiguiente, en este caso se es menos hombre.

Hoy, este horror patriótico por el extranjero, sólo se encuentra en los pueblos salvajes; aunque también se encuentra en los pueblos medios salvajes de Europa a quién la civilización burguesa no se ha dignado civilizar, pero en cambio no se olvida nunca de explotar. Hay en las grandes capitales de Europa, en el mismo París y en Londres sobre todo, calles abandonadas a una multitud miserable quien nadie ha sacado de su oscuridad; basta que se presente un extraño para que una multitud de seres humanos miserables, hombres, mujeres y niños casi desnudos llevando impresa en su rostro y en toda su persona las señales de la miseria más espantosa y de la más profunda abyección, le rodeen, le insulten y algunas veces le maltraten, sólo porque es extranjero. ¿Este patriotismo brutal y salvaje, no es la negación absoluta de todo lo que se llama humanidad?

Y sin embargo, hay periódicos burgueses muy bien escritos, como el Journal de Genève, por ejemplo, que no siente vergüenza alguna explotando

ese prejuicio tan poco humano y esa pasión bestial. Quiero, sin embargo, hacerles la justicia de reconocer que los explotan sin participar de sus opiniones y sólo encuentran interés en explotarlos, lo mismo que sucede con los sacerdotes de todas las religiones, que predicán las necesidades religiosas, sin creer en ellas, sólo porque el interés de las clases privilegiadas está en que las masas populares continúen creyéndolas. Cuando el Journal de Genève se encuentra falto de argumentos y de pruebas, dice: esto es una cosa, una idea, un hombre extranjeros, y tiene formada tan mezquina idea de sus compatriotas, que espera que le bastará pronunciar la terrible palabra extranjero, para que, olvidando sentido común, humanidad y justicia, se pongan todos a su lado.

No soy ginebrino, pero respeto mucho a los habitantes de Ginebra, para no creer que el Journal se equivoca, pues sin duda, no querrán sacrificar la humanidad a la bestialidad, explotada por la angustia.

(Del periódico ginebrino Le Progrès, de junio de 1869).

VII

Ya he dicho que el patriotismo, mientras es instintivo o natural y tiene sus raíces en la vida animal, no es más que una combinación particular de costumbres colectivas, materiales, intelectuales y morales, económicas, políticas y sociales, desarrolladas por la tradición o la Historia en una sociedad humana muy limitada.

Estas costumbres – he añadido – pueden ser buenas o malas; el contenido o el objeto de este sentimiento instintivo no tiene ninguna influencia sobre el grado de su intensidad y, si se admitiera con relación a esto último una diferencia cualquiera, se inclinaría más en favor de las malas costumbres que de las buenas, porque, a causa del origen animal de toda sociedad humana y por efecto de esta gran inercia que ejerce una acción tan poderosa en el mundo intelectual y moral, como en el mundo material, en cada sociedad aún no degenerada que progresa y marcha adelante, las malas costumbres están más profundamente arraigadas que las buenas. Esto nos explica por qué en la suma total de las costumbres colectivas actuales y en los países más civilizados, las nueve décimas partes por lo menos no valen nada.

No os imaginéis que quiero declarar la guerra a las costumbres que tienen generalmente la sociedad y los hombres de dejarse gobernar por la costumbre. En esto, como en muchas cosas, no hacen más que obedecer fatalmente a una ley natural y sería absurdo rebelarse contra las leyes naturales. La acción de la costumbre en la vida natural y moral de los individuos, lo mismo que en las sociedades, es la misma que la de las fuerzas vegetativas en la vida animal; la una y la otra son condiciones de existencia y de realidad; el bien, lo mismo que el mal, para ser una cosa real debe convertirse en costumbre, sea individualmente en el hombre, sea en la sociedad; todos los ejercicios y todos los estudios a que se entregan los hombres, no tienen otro objeto, y las mejores cosas no se arraigan en el hombre hasta el punto de convertirse en segunda naturaleza más que por la fuerza de la costumbre.

No se trata, pues, de rebelarse locamente, puesto que es un poder fatal que ninguna inteligencia o voluntad humana podrá distinguir; pero si, iluminados por la razón del siglo y por la idea que nos formamos de la verdadera justicia, queremos seriamente ser hombres, no tenemos más que hacer una cosa: emplear constantemente la fuerza de voluntad, es decir, la costumbre de querer extirpar las malas costumbres, que circunstancias independientes de nosotros mismos han desarrollado en nosotros, y reemplazarlas por otras buenas; para humanizar una sociedad entera, es preciso destruir sin piedad todas las causas, todas las condiciones económicas, políticas y sociales que producen en los individuos la tradición del mal y reemplazarlas por condiciones que tengan por consecuencia necesaria engendrar en esos mismos individuos la práctica y la costumbre del bien.

Desde el punto de vista de la conciencia moderna, de la humanidad y de la justicia que, gracias al desarrollo pasado de la Historia, hemos logrado comprender, el patriotismo es una mala y funesta costumbre, porque es la negación de la igualdad y de la solidaridad humanas.

La cuestión social planteada prácticamente por el mundo obrero de Europa y de América y cuya solución no es posible más que por la abolición de las fronteras de los Estados, tiende necesariamente a destruir esta costumbre tradicional en la conciencia de los trabajadores de todos los países. Yo demostraré más tarde cómo, desde comienzos de este siglo, fue muy quebrantada en la conciencia de la alta burguesía comercial e industrial, por el desarrollo prodigioso e internacional de sus riquezas y de sus intereses económicos; pero es preciso que demuestre primero cómo, mucho antes de esta revolución burguesa, el patriotismo natural instintivo, que, por su naturaleza, no puede ser más que un sentimiento limitado y una costumbre

colectiva local, ha sido, desde el principio de la Historia, profundamente modificado, desnaturalizado y disminuido para la formación sucesiva de los Estados políticos.

En efecto, el patriotismo, mientras es un sentimiento natural, es decir, producido por la vida realmente solidaria de una colectividad y está poco debilitado por la reflexión o por efecto de los intereses económicos y políticos, como por el de las abstracciones religiosas, este patriotismo, si no todo, en gran parte animal, únicamente puede abrazar un mundo muy limitado, como una tribu, etc. Al principio de la Historia, como hoy en los pueblos salvajes, no había nación, ni lengua nacional, ni culto nacional; no había más que patria en el sentido político de la palabra. Cada pequeña localidad, cada pueblo, tenía su idioma particular, su dios, su sacerdote, y no era más que una familia multiplicada y extensa que se afirmaba viviendo y que, en guerra con las diferentes tribus existentes, negaba el resto de la humanidad. Tal es el patriotismo natural en su enérgica y sencilla crudeza.

Aun encontraremos restos de este patriotismo en algunos de los países más civilizados de Europa; en Italia, por ejemplo, sobre todo en las provincias meridionales de la península italiana, en donde la configuración del suelo, las montañas y el mar crean barreras entre los valles y los pueblos, que los separa, los aísla y los hace casi extraños los unos a los otros. Proudhon, en su folleto sobre la unidad italiana, ha observado, con mucha razón, que esta unidad no era más que una idea, una pasión burguesa y de ninguna manera popular, a las que las gentes del campo, por lo menos, son hasta ahora en gran parte, extrañas, y añadiré que hasta hostiles, porque esta unidad está en contradicción, por un lado, con su patriotismo local, y, por otro, no le ha aportado nada más que una explotación implacable, la opresión y la ruina.

En Suiza, sobre todo en los cantones primitivos, ¿no vemos con frecuencia el patriotismo local luchar contra el patriotismo cantonal y a éste contra el patriotismo político, nacional, de la confederación republicana?

Para resumir, saco la conclusión de que el patriotismo como sentimiento natural, siendo en esencia y en realidad un sentimiento substancialmente local, es un impedimento serio para la formación de los Estados, y por consecuencia estos últimos, y con ellos la civilización, no pueden establecerse más que destruyendo, si no del todo por lo menos en grado considerable, esta pasión animal.

(Del periódico ginebrino *Le Progrès*, de julio de 1869).

Patriotismo, una amenaza para la libertad

Extractos de un texto que actualmente corresponde al capítulo 6 de “La palabra como arma”, una colección de artículos de Emma Goldman

¿Qué es el patriotismo? ¿Es amar el lugar donde uno nace, el lugar de los recuerdos y esperanzas, de los sueños y aspiraciones de la infancia? ¿Es el lugar donde, en la candidez infantil, mirábamos las fugaces nubes y sorprendidos de por qué nosotros, igualmente, no podíamos correr tan rápidamente? ¿El lugar donde contábamos los millones de relucientes estrellas, acongojados por el terror de que cada uno “debía ser un ojo”, que nos traspasaba hasta lo más profundo de nuestras pequeñas almas? ¿Es el lugar donde podíamos oír la melodía de los pájaros, y soñar con tener alas para volar, como ellos, a tierras distantes? ¿O el lugar en donde nos sentábamos en las rodillas de nuestras madres, ensimismados por maravillosos cuentos de grandes hechos y conquistas? En pocas palabras, ¿es el amor por el terruño, cada pulgada que representa los más queridos y preciosos recuerdos de una feliz, alegre y juguetona niñez?

Si ése fuera el patriotismo, muy pocos norteamericanos en la actualidad podrían ser llamados patriotas, en tanto el lugar de sus juegos se ha convertido en la factoría, molinos y minas, mientras que el sonido ensordecedor de la maquinaria ha reemplazado a la melodía de los pájaros. Ni podremos escuchar los cuentos de grandes hechos, ya que las historias que nuestras madres cuentan ahora no son más que de dolor, lágrimas y pesar.

Entonces, ¿qué es el patriotismo?

“El patriotismo, señor, es el último recurso de los sinvergüenzas”, decía el doctor Jonson. León Tolstoi, el gran antipatriota de nuestros tiempos, define el patriotismo como el principio que permite justificar la formación de asesinos en masa; un negocio que requiere mejor equipamiento para el ejercicio del hombreasesino que el necesario para fabricar tales necesidades de la vida como zapatos, abrigos y casas; un negocio que garantiza mayores beneficios y mayor gloria que el del trabajador medio.

Gustave Hervé, otro gran antipatriota, justamente denomina al patriotismo como una superstición, más injuriosa, brutal e inhumana que la religión. La superstición de la religión da lugar a la incapacidad humana de explicar los fenómenos naturales. Esto es, cuando el hombre primitivo oía el trueno o veía el relámpago, no podía explicarlos y por tanto, concluía que detrás de ellos debía existir una fuerza mayor que él. De igual modo veía una fuerza sobrenatural en la lluvia y en los diversos otros cambios de la naturaleza. El patriotismo, por otro lado, es una superstición artificial creada y mantenida a través de una red de mentiras y falsedades; una superstición que roba a los hombres su amor propio y dignidad e incrementa su arrogancia y presunción.

De hecho, la presunción, la arrogancia y el egoísmo son las esencias del patriotismo. [...] El patriotismo asume que nuestro globo está dividido en pequeñas parcelas, cada una rodeada por una reja de hierro. Aquellos que han tenido la fortuna de nacer en alguna parcela en particular, se consideran a sí mismos mejores, más nobles, más grandes, más inteligentes que los seres que habitan en cualquier otra parcela. Por consiguiente, es el deber de cada uno de los que viven en dicha parcela el luchar, matar y morir en el intento de imponer su superioridad frente a los demás.

Los habitantes de las otras parcelas razonan de igual manera, por supuesto, con el resultado de que, desde la más tierna infancia, las mentes de los niños están emponzoñadas con espeluznantes historias sobre los alemanes, los franceses, los italianos, los rusos, etc. Cuando el niño ha alcanzado la pubertad, está completamente saturado por la creencia de que él ha sido escogido por el Señor para defender su país contra el ataque o invasión de cualquier extranjero. Por esta causa, clamamos por el mayor ejército y armada, más barcos de guerra y munición. Es por esta causa que Norteamérica dentro de muy poco tiempo habrá gastado cuatrocientos millones de dólares. Piense en ello: cuatrocientos millones de dólares tomados de lo producido por las personas. Pero sin duda, no son los ricos

los que contribuyen al patriotismo. Ellos son cosmopolitas, cómodamente en casa en cualquier lugar. En Norteamérica conocemos perfectamente esto. ¿No son nuestros ricos norteamericanos, franceses en Francia, alemanes en Alemania o ingleses en Inglaterra? ¿Y no derrochan con cosmopolita gracia fortunas acuñadas en las fábricas norteamericanas por niños y esclavos algodonereros? Sí, el suyo es un patriotismo que hará posible que envíen mensajes de condolencia a déspotas como el zar de Rusia, cuando le ocurre cualquier desgracia, como el presidente Roosevelt hizo en nombre de su pueblo, cuando Sergius fue castigado por los revolucionarios rusos.

Es un patriotismo que ayudará al consumado asesino, Díaz, a destruir miles de vidas en México, o que incluso ayudará a arrestar a los revolucionarios mejicanos en suelo norteamericano y mantenerlos encarcelados en las prisiones norteamericanas, sin la más mínima causa o razón.

Por tanto, el patriotismo no es para aquellos que representan la riqueza y el poder. Sólo es bueno para el pueblo. Nos trae a la memoria una de las afirmaciones inteligentes de Federico el Grande, el querido amigo de Voltaire, quien decía: “La religión es un fraude, pero debe ser mantenida para las masas”.

[...]¹

Los terribles derroches que el patriotismo conlleva deberían ser suficientes para curar al hombre, incluso de inteligencia media, de esta enfermedad. Sin embargo, el patriotismo todavía exige más. Las personas son instadas a ser patrióticas y para ese lujo deben pagar, no sólo manteniendo a sus “defensores”, sino incluso mediante el sacrificio de sus propios hijos. El patriotismo exige una obediencia a la bandera, que significa obediencia y predisposición a matar a tu padre, madre, hermano o hermana.

La respuesta usual es que necesitamos mantener un ejército para

1 N.d.E.: A continuación Emma Goldman expone con datos y estadísticas los costes que conlleva el patriotismo, como puede ser en este caso, el capital invertido en la armada militar. Es más, este texto tiene un gran peso antimilitarista. Hay partes que no hemos añadido, como los datos de ese capital invertido u otras estadísticas, pero la crítica al patriotismo y al militarismo de este texto de Emma Goldman es digna de releer y tan actual ahora como lo fue en su época.

proteger el país de las invasiones extranjeras. Cada hombre y mujer inteligente sabe, sin embargo, que éste es un mito mantenido para asustar y coaccionar a los tontos. Los gobiernos del mundo, conociendo los intereses de los demás, no se invaden unos a otros. Han aprendido que pueden obtener mucho más mediante el arbitraje internacional de las disputas que mediante la guerra y la conquista. De hecho, como mantiene Carlyle: “La guerra es una riña entre dos ladrones demasiado cobardes para mantener sus propias batallas; por tanto, reclutan chicos de un pueblo y de otro, les ponen uniformes, los equipan con armas y los sueltan unos contra otros como bestias salvajes”.

No es necesario tener mucha inteligencia para hallar detrás de cada guerra las mismas causas. Tomemos nuestra propia guerra hispano-norteamericana, supuestamente un gran y patriótico evento en la historia de los Estados Unidos. ¡Cómo nuestros corazones ardían de indignación contra los atroces españoles! En verdad, nuestra indignación no estalló espontáneamente. Fue nutrida por meses de agitación periodística, y mucho después de que el Carnicero Weyler hubiera asesinado a muchos nobles cubanos y ultrajado a muchas mujeres cubanas. Así, y hay que decirlo en justicia para la nación norteamericana, aumentó la indignación y el deseo de luchar, y se luchó valientemente. Pero cuando el humo se disipó, y los muertos fueron enterrados, y el coste de la guerra supuso para las personas un incremento del precio de los bienes y las rentas, es decir, cuando se pasó la borrachera de nuestra juerga patriótica, de pronto nos percatamos que la causa de la guerra hispano-norteamericana fue la cuestión del precio del azúcar; o, para ser más explícitos, que las vidas, sangre y dinero de los norteamericanos se habían empleado para proteger los intereses de los capitalistas norteamericanos, quienes se veían amenazados por el gobierno español. Que esto no es una exageración, sino que está basado absolutamente en hechos y estadísticas, está perfectamente probado en la actitud del gobierno norteamericano con los trabajadores cubanos. Cuando Cuba fue firmemente aferrada por los Estados Unidos, se exigió a los mismos soldados enviados a liberar Cuba que dispararan contra los obreros cubanos durante las grandes huelgas de los cigarreros, las cuales tuvieron lugar poco después de la guerra.

Pero nosotros no estamos solos al emprender guerras por tales causas. La cortina comienza a ser alzada sobre los motivos de la terrible confrontación ruso-japonesa, la cual costó mucha sangre y lágrimas. Y hemos visto que detrás del feroz Moloch de la guerra, se encuentra el feroz dios del

comercialismo. Kuropatkin, el ministro de Guerra ruso durante la guerra ruso-japonesa, ha revelado el verdadero secreto que existía detrás de ella. El Zar y su Gran Duque habían invertido dinero en las concesiones coreanas; la guerra fue forzada por el único objetivo de aumentar rápidamente las grandes fortunas.

La afirmación de que el levantamiento de un ejército y una armada es la mayor seguridad para la paz tiene tanta lógica como afirmar que el más pacífico ciudadano es aquel que está fuertemente armado. La experiencia cotidiana demuestra plenamente que el individuo armado está invariablemente ansioso por probar su fuerza. Lo mismo es, históricamente cierto, con los gobiernos. Los países verdaderamente pacíficos no malgastan vidas y energías en preparar la guerra, con el resultado de que la paz se puede mantener.

Sin embargo, el clamor por un incremento del ejército y la armada no es debido a un peligro extranjero. Se debe al miedo del creciente descontento de las masas y por el espíritu internacional entre los obreros. Es para hacer frente a los enemigos internos por lo que los poderosos de diversos países se están preparando; un enemigo que, una vez despierta su conciencia, se mostrará más peligroso que cualquier invasor extranjero.

Los poderes que por centurias han mantenido esclavizadas a las masas han realizado un completo estudio de su psicología. Saben que las personas, a la larga, son como niños cuya desesperación, dolor y lágrimas pueden convertirse en alegría con un pequeño juguete. Y que el más espléndido juguete si es arropado de colores llamativos atraerá a millones de personas con cabezas de niños.

Un ejército y una armada representan los juguetes del pueblo. Para hacerlos más atractivos y aceptables, cientos o miles de dólares se están gastando para mostrar estos juguetes. Éste era el objetivo del gobierno norteamericano avituallando una flota y enviándola a lo largo de la costa del Pacífico, de tal manera que cada ciudadano norteamericano se sintiera ufano y orgulloso de los Estados Unidos. La ciudad de San Francisco gastó cien mil dólares para entretener a la flota; Los Ángeles, sesenta mil; Seattle y Tacoma, sobre cien mil. ¿Para entretener a la flota? Para dar de cenar y agasajar a unos pocos oficiales superiores, mientras los “chicos bravos” han tenido que amotinarse para conseguir la suficiente comida. Sí, doscientos sesenta mil dólares fueron gastados en fuegos artificiales,

teatro, fiestas y juergas, al tiempo que hombres, mujeres y niños a lo largo y ancho del país pasan hambre en las calles; cuando miles de desempleados están predispuestos a vender su trabajo a cualquier precio.

¡Doscientos sesenta mil dólares! ¿Qué no podría haberse conseguido con tal enorme suma? Pero en lugar de pan y alojamiento, los niños de estas ciudades fueron llevados a ver la flota, que sería, como uno de los periódicos decía, “un recuerdo duradero para el niño”.

Una cosa maravillosa para recordar, ¿no es así? Los instrumentos para civilizadas matanzas. Si la mente de un niño es envenenada con tales recuerdos, ¿qué esperanza queda para la verdadera realización de la hermandad humana?

Nosotros, los norteamericanos, decimos ser personas amantes de la paz. Odiamos el derramamiento de sangre; nos oponemos a la violencia. Sin embargo, nos dan espasmos de alegría ante la posibilidad de arrojar bombas de dinamita por medio de máquinas voladoras sobre ciudadanos desvalidos. Estamos predispuestos para colgar, electrocutar o linchar a cualquiera, que, por necesidades económicas, arriesgue su propia vida atentando contra alguno de los magnates industriales. Incluso nuestros corazones están henchidos de orgullo al pensar que Norteamérica se está convirtiendo en la nación más poderosa de la Tierra, y que con el tiempo plantará su bota de hierro sobre el cuello de todas las demás naciones.

Tal es la lógica del patriotismo.

Considerando los malignos resultados que el patriotismo está conllevando para el ciudadano medio, esto no es nada comparado con los insultos e injurias que el patriotismo acumula sobre los propios soldados, la pobre y engañada víctima de la superstición y la ignorancia. Él, el salvador de su país, el protector de su nación, ¿qué es lo que el patriotismo le reserva? Una vida de servil sumisión, vicio y perversión, durante la paz; una vida de peligro, amenaza y muerte, durante la guerra.

Durante una reciente gira de conferencias en San Francisco, visité el presidio, la parcela más bonita con vistas a la bahía y el Golden Gate Park. Su propósito parece haber sido como parque de recreo para los niños, como jardín y para la música, un descanso para el agotado. En cambio, se ha convertido en feo, apagado y gris por los barracones, barracones en

donde los ricos no permitirían dormir ni a sus perros. En estas miserables casuchas, los soldados se agrupan como un rebaño; aquí malgastan sus días juveniles, puliendo sus botas y los botones de latón de sus oficiales superiores.

Aquí, igualmente, he apreciado la distinción de clases: los fornidos hijos de una libre república son colocados en filas como convictos, saludando cada uno de sus enmascarados lugartenientes. La igualdad norteamericana, ¡degradando la hombría y elevando al uniforme!

[...]

De todas las consecuencias negativas que acabamos de describir, ninguno parece tan perjudicial para la integridad humana como lo que ha producido el **espíritu patriótico** en el caso del soldado raso William Buwalda. Debido a su tonta creencia de que uno puede ser un soldado y ejercer sus derechos como hombre al mismo tiempo, las autoridades militares lo castigaron severamente.

Lo cierto es que él había servido a su país durante quince años, durante los cuales su expediente se mantuvo impecable. De acuerdo con el general Funston, quien redujo la sentencia de Buwalda a tres años, “el primer deber de un oficial o un hombre alistado es una obediencia incuestionable y una lealtad al gobierno, y da lo mismo si se está de acuerdo o no con tal gobierno”. De esta manera, Funston descubre el verdadero carácter de la obediencia. De acuerdo con él, el entrar en el ejército supone abrogar los principios de la declaración de Independencia. ¡Qué extraño desarrollo del patriotismo que **transforma a un ser pensante en una máquina fiel!**

[...]

Un escritor sobre las condiciones militares de Norteamérica, en un artículo reciente, hizo un comentario sobre el poder del militar sobre los civiles en Alemania. Dijo, entre otras cosas, que si nuestra república no tuviera más significado que el de garantizar a todos los ciudadanos la igualdad de derechos, no tendría sentido su existencia. Estoy convencida que el escritor no estuvo en Colorado durante el patriótico régimen del general Bell. Él probablemente habría cambiado su pensamiento si hubiera visto cómo, en nombre del patriotismo y de la república, los hombres eran

tirados dentro de corrales, arrastrados, conducidos a través de la frontera y sujetos a todo tipo de humillaciones. No es que el incidente de Colorado sea el único en el creciente poder militar en los Estados Unidos. Es rara la huelga en donde las tropas y milicias no lleguen en rescate de aquellos en el poder, y donde no actúen tan arrogante y brutalmente como los hombres que llevan el uniforme del káiser. Así, igualmente, tenemos la Dick military law. ¿Se había olvidado el escritor de esto?

La gran desgracia es que la mayoría de nuestros escritores ignoran absolutamente los actuales eventos, o que, carentes de honestidad, no hablarán de estas cuestiones. Y por ello, ha ocurrido que la Dick military law fue aprobada apresuradamente en el Congreso sin casi discutirse y con escasa publicidad; una ley que da al presidente el poder de convertir a un ciudadano pacífico en un asesino sanguinario, supuestamente para la defensa del país, en realidad para la protección de los intereses de aquel partido particular cuyo portavoz pasa a ser el presidente.

[...]

Los hombres y mujeres pensantes de todo el mundo han comenzado a percatarse que el patriotismo es demasiado intolerante y limitado como concepto para hacer frente a las necesidades de nuestro tiempo. La centralización del poder ha conllevado un sentimiento de solidaridad entre las naciones oprimidas del mundo; una solidaridad la cual representa una mayor armonía de intereses entre los trabajadores de Norteamérica y sus hermanos en el extranjero que entre el minero norteamericano y su compatriota explotador; una solidaridad que no teme a las invasiones extranjeras, ya que está llegando el momento en que todos los obreros dirán a sus amos, “Vete y haz tu propia matanza. Nosotros lo hemos hecho ya bastantes veces por ustedes”.

Esta solidaridad está despertando las conciencias incluso de los soldados, los cuales, igualmente, son carne de la carne de la gran familia humana. Una solidaridad que se ha mostrado infalible más de una vez en las pasadas luchas, la cual fue el ímpetu que indujo a los soldados parisinos, durante le Comuna de 1871, a negarse a obedecer cuando se les ordenó disparar contra sus hermanos; es la que dio coraje a los hombres que se amotinaron en los buques de guerra en los últimos tiempos. Supondrá en el futuro el levantamiento de todos los oprimidos y pisoteados en contra de sus explotadores internacionales.

El proletariado de Europa ha comprendido el gran potencial de la solidaridad y, como consecuencia, ha iniciado una guerra contra el patriotismo y su sangriento espectro, el militarismo. Miles de hombres llenan las prisiones de Francia, Alemania, Rusia y los países escandinavos, ya que se atrevieron a desafiar la antigua superstición. No es éste un movimiento limitado a la clase obrera; cuenta con representantes en todas las categorías, siendo sus principales exponentes prominentes hombres y mujeres de las artes, las ciencias y las letras.

Los niños están formándose en las tácticas militares, la gloria de las conquistas militares son exaltadas en los planes de estudios y las mentes de los jóvenes pervertidas para satisfacer al gobierno. Además, se apela a la juventud del país para que se aliste en el ejército y en la armada mediante carteles brillantes. “¡Una gran oportunidad para ver mundo!”, gritan los vendedores ambulantes gubernamentales. Así, los inocentes muchachos son moralmente shanghaied en el patriotismo, y el Moloch militar avanza a zancadas conquistando la nación.

Los trabajadores norteamericanos han sufrido tanto en manos de los soldados, tanto estatales como federales, que está plenamente justificada su aversión y rechazo de los parásitos uniformados.

Sin embargo, la mera denuncia no resolverá este gran problema. Lo que hace falta es una propaganda educativa entre los soldados: literatura antipatriótica que los pueda iluminar sobre los verdaderos horrores de sus oficios, y que pudieran despertar su conciencia sobre la verdadera relación con los hombres de cuyo trabajo depende su propia existencia. Esto es precisamente lo que las autoridades más temen. En la actualidad, es alta traición que un soldado lea un panfleto radical.

Pero, entonces, desde tiempo inmemorial, ¿no ha señalado la autoridad cada avance progresista como traición? Aquéllos, sin embargo, quienes verdaderamente se esfuerzan por la reconstrucción social, bien pueden hacer frente a todo eso; para ellos, probablemente, sea incluso más importante llevar la verdad a los cuarteles que a las factorías. Cuando hayamos socavado la mentira patriótica, habremos despejado el camino para esa gran construcción en donde todas las nacionalidades se unirán en una hermandad universal, una verdadera sociedad libre.

Perplejidades intempestivas

Texto escrito por Tomás Ibáñez y la respuesta de Miquel Amorós

Tomás Ibáñez

Cuando acontecen en Catalunya cambios tan drásticos como los que se han producido desde las multitudinarias manifestaciones del 15 de mayo de 2011 resulta difícil no experimentar cierta perplejidad.

¿Qué ha podido ocurrir para que algunos de los sectores más combativos de la sociedad catalana hayan pasado de “rodear el Parlament” en el verano del 2011 a querer defender las Instituciones de Catalunya en septiembre del 2017?

¿Qué ha podido ocurrir para que esos sectores hayan pasado de plantar cara a los mossos d'escuadra en la plaza Catalunya, y de recriminarles salvajadas, como las que padecieron Esther Quintana o Andrés Benítez, a aplaudir ahora su presencia en las calles y a temer que no tengan plena autonomía policial?

¿Qué ha podido ocurrir para que parte de esos sectores hayan pasado de denunciar al Govern por sus políticas antisociales a votar hace poco sus presupuestos?

Pero, también, ¿qué ha podido ocurrir para que ciertos sectores del anarcosindicalismo hayan pasado de afirmar que las libertades nunca se han conseguido votando a defender ahora que se dé esa posibilidad a la ciudadanía?

La lista de preguntas se podría ampliar enormemente y se podrían aportar

múltiples respuestas a las pocas que aquí se han formulado. En efecto, se pueden aducir factores tales como el agotamiento del ciclo del 78, la crisis económica con sus correspondientes recortes y precarizaciones, la instalación de la derecha en el gobierno español con sus políticas autoritarias y sus recortes de libertades, la escandalosa corrupción del partido mayoritario, etc.

Sin embargo, me parece que sería ingenuo excluir de esas respuestas la que pasa por tomar en cuenta, también, el extraordinario auge del sentimiento nacionalista. Un auge que, sin duda alguna, han contribuido a potenciar los factores a los que acabo de aludir pero que también ha recibido muy importantes dosis de combustible desde las propias estructuras del gobierno catalán y desde su control de las televisiones públicas catalanas. Varios años de persistente excitación de la fibra nacionalista no podían no tener importantes efectos sobre las subjetividades, tanto más cuanto que las estrategias para ampliar la base del independentismo nacionalista catalán han sido, y siguen siendo, de una extraordinaria inteligencia. La potencia de un relato construido a partir del derecho a decidir, en base a la imagen de las urnas, y a la exigencia de la libertad de votar, era extraordinaria y conseguía disimular perfectamente el hecho de que era todo un aparato de gobierno el que se volcaba en promover ese relato.

Hoy, la estelada (roja o azul) es sin la menor duda el símbolo cargado de emotividad bajo el cual se movilizan las masas, y es precisamente ese aspecto el que no deberían menospreciar quienes sin ser nacionalistas ven en las movilizaciones pro referéndum una oportunidad que los libertarios no deberían desaprovechar para intentar abrir espacios con potencialidades, si no revolucionarias, por lo menos portadoras de una fuerte agitación social, y se lanzan por lo tanto en la batalla que enfrenta los gobiernos de España y de Catalunya.

No deberían menospreciarlo, porque cuando un movimiento de lucha incluye un importante componente nacionalista, y este es, sin duda alguna, el caso en el presente conflicto, las posibilidades de un cambio de carácter emancipatorio son estrictamente nulas.

Me gustaría compartir el optimismo de los compañeros que quieren intentar abrir grietas en la situación actual para posibilitar salidas emancipatorias, sin embargo no puedo cerrar los ojos ante la evidencia de que las insurrecciones populares, y los movimientos por los derechos sociales

nunca son transversales, siempre encuentran a las clases dominantes formando piña en un lado de las barricadas. Mientras que en los procesos de autodeterminación, y el actual movimiento es claramente de ese tipo, siempre interviene un fuerte componente interclasista.

Esos procesos siempre hermanan a los explotados y a los explotadores en pos de un objetivo que nunca es el de superar las desigualdades sociales. El resultado, corroborado por la historia, es que los procesos de autodeterminación de las naciones siempre acaban reproduciendo la sociedad de clases, volviendo a subyugar las clases populares después de que éstas hayan sido la principal carne de cañón en esas contiendas.

Eso no significa que no haya que luchar contra los nacionalismos dominantes y procurar destruirlos, pero hay que hacerlo denunciando constantemente los nacionalismos ascendentes, en lugar de confluír con ellos bajo pretexto de que esa lucha conjunta puede proporcionarnos posibilidades de desbordar sus planteamientos y de arrinconar a quienes solo persiguen la creación de un nuevo Estado nacional que puedan controlar. Que nadie lo dude, esos compañeros de viaje serán los primeros en reprimirnos en cuanto no nos necesiten, y ya deberíamos estar escarmentados de sacarles las castañas del fuego.

Tomás Ibañez

Barcelona 26 de septiembre de 2017

Carta a Tomás Ibañez sobre “Perplejidades intempestivas” Miquel Amorós

Compañero Tomás

Tus “perplejidades intempestivas” son el mayor exponente leído por mí del sentido común y del seny revolucionario que debieran reinar no sólo entre los libertarios, sino entre todos aquellos que quieren abolir esta sociedad en lugar de administrarla. No obstante, no me extraña que un mogollón de gente que se dice anarquista se haya apuntado a la movida

nacionalista y proclame con bríos el derecho a decidir el material del que estarán hechas sus cadenas: ¡hay de Ricardo Mella y “la ley del número”!. Tampoco escasearon los que en su día se subieron al carro de Podemos o al del plataformismo y cambiaron los harapos de la lucha de clases por la ropa nueva de la ciudadanía. Es propio del anarquismo filisteo ante la menor encrucijada histórica el optar por hacerle el juego al Poder establecido. La guerra civil española es el ejemplo más palmario de ello. Confusión, atracción irresistible del jaleo, desclasamiento, táctica del mal menor, el enemigo de mi enemigo, lo que sea. El resultado final es ese: una masa de paletos esclavos de cualquier causa ajena y un montón de egos enfermizos estilo Colau o Iglesias que pagarían por venderse. En fin, negras tormentas agitan los aires y nubes oscuras nos impiden ver. Intentemos disiparlas.

La cuestión que cabría preguntarse no es por qué un sector local de la clase dominante decide resolver sus diferencias con el Estado por la vía de la movilización callejera, sino por qué una porción considerable de gente con intereses contrapuestos, principalmente jóvenes, actúa como decorado escenográfico y fuerza de choque de la casta que ha patrimonializado Cataluña, clasista, católica, corrupta y autoritaria como la que más. El juego del patriotismo catalán no es difícil de desentrañar y quienes lo promueven y aprovechan nunca han pretendido ocultarlo. El “Procès” ha sido una arriesgada operación de clase. La consolidación de una casta local asociada al desarrollo económico exigía un salto cualitativo en materia autonómica que la estrategia del “peix al cove” (“pájaro que vuela...”) no podía lograr. La negativa de la plutocracia central a “dialogar”, o sea, a transferir competencias, principalmente financieras, bloqueaba el ascenso de dicha casta y mermaba peligrosamente su influencia y capacidad política de cara a unos empresarios, industriales y banqueros dispuestos a dejarse liderar por soberanistas con tal de triplicar sus beneficios. La decisión por la cúspide de ir al “choque de trenes” significó una ruptura radical de la política pactista del catalanismo político. No iba en serio, es decir, nunca tuvo como finalidad la declaración unilateral de independencia, puesto que sólo pretendía forzar una negociación desde posiciones más ventajosas. Sin embargo, como tenía que aparentar que sí, necesitó de un aparato de agitación bien engrasado con el fin de inocular una mística patriota que pusiera a hervir de forma controlada el caldo identitario. Y la movilización se hizo realidad. Fue todo un espectáculo. La demagogia independentista, armada con el marketing de la identidad, supo prolongarse en un ciudadanía democrático con el que pudo sacar

a la calle a masas demasiado domesticadas para hacerlo por propia voluntad. Con gran habilidad tocó la fibra oscura de las emociones reprimidas y los sentimientos gregarios que anidan en los siervos del consumo, es decir, supo remover en provecho suyo el poso de la alienación. El objetivo, según mi punto de vista, ha sido alcanzado, y la casta dirigente estatal está mucho más dispuesta a modificar la constitución del posfranquismo para mejor encaje de la casta catalanista, aunque para ello ésta tendrá que sacrificar algunas figuras por el camino, quizás al mismo Puigdemont. Poderosos representantes del gran capital (por ejemplo, Felipe González) así parecen indicarlo.

El nacionalismo está manejado por timadores, pero en sí mismo no es un timo. Es el reflejo sentimental de una situación frustrante para una mayoría de subjetividades pulverizadas. No actúa de forma racional, puesto que no es fruto de la razón; es más una psicosis que un palpito de liberación. La explicación de la eclosión emocional patriótica en la sociedad catalana habrá que ir a buscar en la psicología de masas y para ello nos serán más útiles Reich, Canetti o incluso Nietzsche, que teóricos como Marx, Reclus o Pannekoek. La convicción y el entusiasmo de la multitud no provienen de fríos razonamientos lógicos o de rigurosos análisis socio-históricos; más bien tiene que ver con las descargas emocionales sin riesgo, la sensación de poder que producen los amontonamientos, el fetichismo de la bandera u otros símbolos, la catalanidad virtual de las redes sociales, etc., características de una masa desarraigada, atomizada y desclasada, y, por lo tanto, sin valores, objetivos e ideales propios, predispuesta a comulgar con las ruedas de molino que se repartan. La vida cotidiana colonizada por el poder de la mercancía y del Estado es una vida repleta de conflictos latentes e interiorizados, dotados de un exceso de energía que los hace emerger en forma de neurosis individuales o colectivas. El nacionalismo, de cualquier signo, ofrece un excelente mecanismo de canalización de esos impulsos que, si se hicieran conscientes, constituirían un temible factor de revuelta.

El nacionalismo divide la sociedad en dos bandos paranoicos enfrentados artificialmente por sus obsesiones. Los intereses materiales, morales, culturales, etc., no cuentan. Nada que ver con la justicia, la libertad, la igualdad y la emancipación universales. El pueblo catalán es algo tan abstracto como el pueblo español, un ente que sirve de coartada para una soberanía de casta con su policía notablemente represora. Un pueblo únicamente se define contra todo poder que no emane de él o que se

separe de él. Por consiguiente, un pueblo con Estado no es un pueblo. Convendrás conmigo en que la historia la hace la gente común mediante asambleas y organismos nacidos de ellas, pero tal como están las cosas, la historia es de quien la manipula mejor. Lo que dicha gente hace es proporcionar el marco popular de una mala función de teatro donde se ventila un prosaico reparto de poder. Cualquiera puede hacer sus cálculos y navegar en consideración dentro o fuera de las aguas nacionalistas, de una turbulencia más bien calma, pero nunca deberá perder de vista el meollo de la cuestión.

Fraternalmente,
Miquel Amorós

Alacant, 27-09-2017.

Ningún Estado nos hará libres

Panfleto anónimo

tad. Porque la razón de ser de todo Estado es someter a lxs explotadxs y garantizar los privilegios de las clases dirigentes. El Estado reglamenta la explotación mediante la Ley y se encarga de asegurar que lxs oprimidxs nunca se levanten contra un orden nos explota, humilla, desahucia, entristece, roba y asesina a lo largo y ancho del planeta.

Ninguna policía, Mossos, Guardia Civil o Nacional nos protege. Son la fuerza de choque del Estado que protege la propiedad privada y son los encargados de reprimir y perseguir a aquellxs que no se arrodillan y deciden luchar contra su podrido mundo. No hay policía buena o policía mala, todos los cuerpos represivos obedecen a una lógica muy concreta: mantener el orden. No olvidemos la actuación de cualquier fuerza policial en huelgas generales, manifestaciones, en las redadas en los barrios, en los controles racistas, vigilando las cárceles, en los desahucios y desalojos e, incluso, como fuerza de ocupación extranjera (recordemos la cantidad de policías desplegados en misiones internacionales). Obedecen y sirven a sus amos.

La Democracia, las instituciones parlamentarias y los políticos no velan por nuestros intereses, sino por los suyos propios. Nadie más que nosotrxs mismxs debería velar por nuestros intereses. Elegir a nuestros amos, votar, someternos a mayorías y/o minorías, actuar dentro de los marcos democráticos... nos convierte en cómplices de nuestra propia dominación e instaura en nosotrxs el espíritu de la delegación en profesionales. Ponemos nuestras vidas en sus manos. Confiar en políticos que solo buscan (como todos) rentabilizar nuestras luchas y nuestros sentimientos, mientras nos someten o aspiran a someternos, hace que nos convirtamos en una masa servil presta a movilizarse o desmovilizarse según sus intereses electorales y sus luchas por el Poder.

Ningún nacionalismo o ninguna bandera deberían representarnos. Como oprimidxs y explotadxs deberíamos entender que tenemos más en común con cualquier otrx explotadx u oprimidx que con un empresario o político que haya nacido en el mismo lugar que nosotrxs. El nacionalismo y el patriotismo son herramientas del Poder con el cual infectar y manipular a lxs oprimidxs y hacerles bailar al son de los opresores para vincularnos con nuestros enemigos de clase y sus proyectos y necesidades, siempre cambiantes. El cariño a la tierra en la que vivimos o a nuestra lengua nos son arrebatados para justificar la creación de nuevos estados. Obviando así que, la cultura, debería ser algo vivo, en constante evolución y libre desarrollo entre individuos y comunidad. El Estado es la muerte de todo libre desarrollo, construyendo fronteras y sembrando las semillas del racismo y la xenofobia.

Bajo el capitalismo, el Estado y cualquier forma de autoridad nunca seremos libres. Construyamos un mundo nuevo sobre las ruinas de la sociedad autoritaria y estatal. Construyamos y luchemos por la anarquía, como combate constante contra toda forma de opresión y explotación, en solidaridad y apoyo mutuo con nuestros iguales, vengan de donde vengan.

¡NI NACIONES NI FRONTERAS!

Comunicado anarquista para los que apoyan al Congreso Nacional Indígena

Algunos anarquistas por la Anarquía

*“¿De qué nos van a perdonar?
¿de haber llevado fusiles al combate
en lugar de arcos y flechas?
¿de haber aprendido a pelear antes de hacerlo?”*

-Sub comandante insurgente Marcos-

Los anarquistas y otras individualidades libertarias, vemos en la representación electoral un fraude a los procesos de liberación individuales y colectivos de las personas: entrar a los mecanismos legales, públicos y simbólicos del ESTADO, es delegar nuestra libertad para que otros decidan por nosotros, lo que en términos prácticos se traduce a la renuncia voluntaria a nuestra capacidad de elección y acción, es decir, la renuncia voluntaria a ejercer nuestra libertad.

Ya sea que esté bajo el control de capitalistas, burócratas, indígenas u obreros, el ESTADO en sí es la antagonía a la libertad personal, ambiental y social de las personas ¿Por qué lo decimos? Porque éste en los hechos es la máxima organización de control, vigilancia, coerción y represión que la humanidad civilizada ha creado; por ello se nos hace absurdo que la candidata Marichuy del C.N.I (Congreso Nacional Indígena) esté adoptando los mecanismos legales, simbólicos y morales que el Estado legitima para ejercer el poder: al hacer eso se está legitimando al máximo verdugo de la libertad. Sabemos de sobra que no quieren llegar al poder, ni gobernar a la nación, ni que puedan ganar las elecciones, el problema que tenemos con su candidatura es algo más grave a nuestro parecer, nos referimos a la moral que Marichuy imprime a la población, aquella moral del Pastor y el rebaño, que es la moral de los voceros, líderes, sacerdotes, burócratas, profetas, empresarios y partidos que van guiando a la población con el

argumento de representar la voluntad de las mayorías, negándoles así –a las personas y pueblos– la libertad de acción inmediata para conquistar su libertad, puesto que los representantes políticos son filtros, bloqueos, dosificadores, que limitan y/o impiden la acción directa para que las personas y los pueblos se den a sí mismos la libertad y dar cuenta que para hacerlo no se necesitan intermediarios.

A siguiente nota:

La lógica del que manda y obedece, del amo y sus fieles, del tirano y sus esclavos, del burgués y sus empleados, del vocero y sus partidarios. Es la vieja canción de obedecer al que manda porque sabe, porque supuestamente conoce el camino correcto para todos en cualquier tiempo y lugar ¡Patrañas! Esa moral es en concreto, el pastor que guía a su ganado al matadero. Es absurdo creer y apoyar a líderes carismáticos que te prometen la liberación, puesto que la libertad y el bienestar nadie te la puede otorgar, uno mismo es quien debe procurárselas por medio del cuidado de sí, la solidaridad y apoyo mutuo que no requieren de grandes organizaciones, ni de partidos, mediadores simpáticos o proyectos de masas que requieran una gran organización donde la agentividad de los individuos sea reducida a una colectivización dogmática de un proyecto político.

No queremos ni vamos a aceptar ser gobernados por nada y nadie, combatiremos hasta la muerte toda forma y proyecto de gobierno, control y coacción; por ende ese eslogan de “Consejo de GOBIERNO indígena” nos causa repugnancia, puesto que sabemos que todo gobierno es fuerza y represión –como dirían los CRASS– o como bien lo señalaba y enunciaba P.J. Proudhon:

«Ser gobernado significa ser vigilado, inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, reglamentado, encasillado, adoctrinado, sermoneado, fiscalizado, estimado, apreciado, censurado, mandado. Ser gobernado significa ser anotado, registrado, empadronado, sellado, medido, evaluado, cotizado, patentado, licenciado, autorizado, apostillado, amonestado, contenido, reformado, enmendado, corregido, al realizar cualquier operación, cualquier transacción, cualquier movimiento. Significa, so pretexto de utilidad pública y en nombre del interés general; verse obligado a pagar contribuciones, ser inspeccionado, monopolizado, depredado, presionado; luego a la menor queja, reprimido, multado, vilipendiado, maltratado, desarmado, agarrotado, encarcelado, juzgado, condenado, deportado,

y, para colmo, burlado, ridiculizado, ultrajado, deshonrado. ¡Eso es el gobierno, esa es su justicia y su moral!» (1851) [i]

Vengan de quien vengan, rechazaremos siempre las propuestas de ser dirigidos y organizados por algún líder carismático o por voceros de voluntades populares que realmente sólo se representan a sí mismos y a sus lacayos sedientos de ejercer poder. No importa si quien pretende gobernar es mestizo, negro, blanco o indio, quien planea y realiza proyectos para gobernar, hace propuestas para controlar las voluntades ajenas a la suya, negando por ende la libertad intrínseca que tenemos no sólo los seres humanos, sino todo los seres vivos. La decisión de accionarnos DIRECTAMENTE por nuestras vidas, es anulada por aquel aparato moral y social que llamamos democracia, ya sea directa o representativa. De sobra sabemos que su campaña no la hacen por los votos (aunque sí lo hacen por el poder que la INE otorga por medio del Estado) y lo que buscan es un llamado a la organización, pero ese llamado es el mensaje del pastor hacia sus borregos, del amo hacia sus sirvientes. Obedecer los dictados del C.N.I implica que la gente no sé esté organizando por sí misma, sino por los intereses de sus líderes y sus deseos de ejercer poder sobre la sociedad, es decir, de GOBERNAR; la gente simpatizante de Marychuy se está organizando por la moral implícita de seguir al líder que promete esperanzas de liberación. Dicen que lo hacen por estrategia ¿Cuál estrategia? ¿La de defender por medio de los mecanismos del Estado al territorio mexicano del extractivismo neoliberal con el que se suponía que estaban en guerra? Cómo pretenden lograrlo cuando los mecanismos que ahora mismo realizan –pedir la INE para registrar a Marychuy en la boleta para las elecciones federales del 2018 por ejemplo– son mecanismos que pactan con los verdugos del Estado y la industria, que neutralizan los proyectos legítimos de autonomía y PACIFICAN LAS INSURRECCIONES que de verdad buscan acabar con cualquier forma de gobierno, incluyendo las formas de gobierno izquierdistas.

Leyendo múltiples comunicados, entrevistas y viendo infinidad de documentales del EZLN y el CNI, dimos cuenta que su estrategia es NACIONALISTA y por ende implícitamente pregonan los valores de la territorialidad nacional que equivale a sostener que hay que mantener una serie de fronteras territoriales que deben ser protegidas por un ejército y custodiadas desde el interior por la policía, es decir, un orden nacionalista encaminado a la vigilancia, el castigo, la coacción, el sufrimiento, la sumisión a una serie de leyes jurídicas que protegen los intereses de esa

colectividad fanática, ortodoxa, orgullosamente racista que llamamos México. El mismo sub comandante Marcos dice que se dieron cuenta al momento de combatir al gobierno que no se enfrentaban al Estado, sino a un poder extra nacional que es el capitalismo global, entonces: ¿Es por eso que han entregado su lucha a los mecanismos del Estado para proteger a la nación mexicana de los grandes capitales, con la esperanza de que los aparatos burocráticos, policiales y militares limiten la invasión de capitales extranjeros? ¡Absurdo! El territorio, la naturaleza, los pueblos, las individualidades, saben y pueden defenderse sin mediadores y justo por los mediadores (Estado/líderes/burócratas) es que los bosques y comunidades están siendo arrasados, pues limitan la capacidad de acción, defensa y ataque contra las embestidas del proyecto industrial de civilización. Sabemos de sobra que enfrentar a la industria y al Estado conlleva enfrentar directamente a la policía, al ejército, paramilitares e inclusive a la misma sociedad civil, que ve en la destrucción de la naturaleza una forma de progreso, pero sólo en el enfrentamiento directo con los verdugos de la Vida, es como realmente se defienden las cosas, y no por medio de mecanismos democráticos, legales y pacifistas. Los movimientos pacifistas y legalistas acaban siendo aplastados por el Estado a la hora de las disputas territoriales que suceden, por ejemplo cuando comunidades rurales se oponen a algún mega proyecto: hay detenidos, encarcelados, torturados y muertos, al cabo de unos años el mega proyecto se instala y todos los esfuerzos son inútiles, llega a pasar –y es el menos de los casos– que la legalidad del Estado falla en favor de las comunidades y suspende el mega proyecto, pero pasa igual, que dicho mega proyecto sigue abierto, latente, sólo postergando su implementación, esperando el momento en que la ley (los jueces) le otorgue mejores condiciones para su ejecución. Si se va a defender la tierra, los ríos, si se va a luchar contra la gentrificación, se hace de forma directa, sin mediaciones y sin posturas ridículas de pacifismos que sólo sirven para reproducir lógicas de victimización. Estamos hartos de todas esas organizaciones de derechos humanos que viven de bajar recursos del Estado para hacer documentales y registros de como las comunidades y las individualidades son brutalmente reprimidas, hartos de que medien las luchas, hartos de que metan demandas en supuesta defensa de los afectados por el Estado, demandas que nunca son cumplidas ¡Absurdo es que el mismo Estado se castigue a sí mismo!

Aquella paz pregonada por la legalidad es la paz del cementerio, por ello vemos en la lucha frontal contra la industrialización y el Estado, la única vía para defender nuestras vidas de la devastación que acontece todos los

días. Devolver golpe por golpe, muerte por muerte a los verdugos es la única forma de ganarles a esos bastardos quita vidas ¡No queremos la paz, queremos la victoria! Sabemos que ustedes dicen que es imposible derrotar al Estado, pero pasa que es posible, cuantas veces las insurgencias acabaron con la dominación estatal, cuantas veces los proyectos libertarios triunfaron ¡Muchas, muchas veces! Pero pasó que, los izquierdistas que añoraban el viejo orden, devolvieron a la sociedad la organización Estatal y con ello el Gobierno y con el gobierno los mecanismos de control, vigilancia, castigo y sometimiento que impiden a todo ser vivo la libertad, nos referimos así, porque no sólo la libertad de nuestra especie importa, sino la de todas.

Ahora bien, antes de sentir desprecio –cosa que sabemos que ya sienten algunos– por nosotros los anarquistas y nuestra indómita postura de combatir toda forma de control, gobierno o partido que sea tanto de derecha, centro o izquierda, recuerden que el movimiento anarquista fue el que provocó e inició la revolución mexicana –nunca descartando métodos violentos–, recuerden que Emiliano Zapata fue influido decisivamente por los anarquistas en su ideario revolucionario –a pesar de que los magonistas rechazaron en 1913 unir fuerzas con sus filas por considerar su lucha limitadamente regionalista y reformista-[1] , recuerden que la frase de Tierra y Libertad es una frase de origen anarquista, recuerden que la frase de para todos todo, para nosotros nada –que todo mundo piensa que es del Sub– es una frase de los hermanos Flores Magón, anarquistas que fueron encarcelados y muertos por jamás aceptar, pactar o negociar con el Estado. Es por eso, que desde un análisis histórico y actual de la situación, la estrategia del CNI se nos hace un desperdicio de energías, consideramos contraproducente la pacificación de las luchas que la candidatura de Marichuy está provocando, pues esa candidatura significa el pacto y negociación con los verdugos que administran el Estado, es decir, admitir y reconocer al gobierno en su función supuestamente legítima de Control, Vigilancia y Castigo sobre las personas. Es someterse a los calendarios institucionales de los que mandan y de los que obedecen ¿Por qué visualizar su lucha por medio de una candidatura que se da en los marcos de tiempo y espacio de las elecciones federales? ¿Para irrumpir en el poder Estatal? ¡Para nada! Sólo le hacen juego al Estado, sólo acaban por legitimar explícitamente y acatar implícitamente las determinaciones y ordenes de los que gobiernan y administran esta masacre que se llama progreso, que se llama Estado e industria.

Ahora bien, tenemos otra cosa que decir –así es, más cosas– queremos cuestionar los estatutos que el EZLN tiene como carta de presentación y que muchos de sus seguidores han tomado acríticamente: Para empezar, desde el título de “Buen Gobierno” la cosa ya se pone bastante fea, porque no pueden haber buenos gobiernos, ya que –como se ha reiterado muchas veces ya– el gobierno es vigilancia, castigo, control, obediencia; respecto a eso de la obediencia, el primer punto de la carta de buen Gobierno del EZLN dice “Obedecer no mandar” esa lógica sólo favorece a los que justamente mandan en los gobiernos y partidos (¡Que astutos los líderes del EZLN y el CNI!) Uno de los más grandes problemas de la humanidad ha sido y es la obediencia masiva; los grandes problemas de la humanidad se han dado justo por la obediencia y no por haber desobedecido. Respecto al segundo punto que dice “representar y no suplantar” ¿No es acaso que la representación –en términos políticos– es suplantar al otro porque ese otro lo derrogó obligada o voluntariamente su voluntad de acción? Representar políticamente como se dijo desde el principio de este texto, es negarle a las personas la capacidad de accionarse directamente por su libertad y destino ¿Acaso esta dinámica de representación política es una dinámica cómoda para las clases medias y altas que ven en el CNI y MORENA una esperanza de Cambio sin tener que mancharse sus ropas y manos? Respecto al cuarto punto que dice “Servir no servirse” Es justo una moral de esclavos, que beneficia a los que mandan en las grandes organizaciones políticas ya sean de centro, derecha o izquierda, es una lógica que ayuda los voceros/dirigentes/ líderes de los partidos como lo es el CNI. El quinto punto dice: “Bajar, no subir” otro valor de esclavos, de victimización y auto rebajamiento para que los sujetos que están arriba, lo estén eternamente ¡Para nosotros se trata ni de subir ni de bajar, sino de construir nuevos mundos horizontalmente (sin bajar ni subir políticamente), que por diferentes modos sean todos equitativos, sin auto rebajamiento político! Respecto al último punto que dice “dar la vida, no quitarla” Para nosotros esa frase es de los más delicada, porque la Vida es lo más preciado, lo más hermoso que hay en la existencia, así que darla por un partido político, por el líder carismático o por los directivos y sus valores democráticos y populares se nos hace absurdo: la lógica del mártir es también moral para esclavos, que se sacrifican por causas que muchas veces ni siquiera comprenden a fondo o les son enteramente suyas. Para nosotros eso de dar la vida al combatir al Estado, a la industrialización de la existencia, no es un sacrificio, ni un deber instituido en normas sociales, por y del partido o de la voluntad popular, sino compromisos que asumimos desde el momento en que decidimos ser libres y serlo por medio

de la acción directa, sin mediadores que vivan como parásitos del poder y la obediencia de quienes le rodean y siguen ...y para nosotros dar muerte a un banquero, cacique, biotecnólogo o al fascista de tu cuadra, es algo bello, una violencia hermosa que no anhela la paz, sino la victoria; es feo, terrible matar, pero a veces es necesario eso de quitar vidas, depende del contexto y por qué se hace, pero jamás la volveríamos un mandamiento, menos en estatuto moral de una “carta de buen gobierno” ... y si, preferimos dar vida que quitarla, pero a veces para darla hay que matar a quienes asesinan a la Vida con esos proyectos industriales donde el Estado es el principal blindaje para que se lleven a cabo.

Esta carta ha sido escrita por anarquistas que amamos la libertad, por alegres saboteadores de gobiernos y empresas. Que critiquemos tan duramente al CNI y algunos aspectos del EZLN no quiere decir que nos opongamos en ningún momento a las luchas legítimas por la libertad y liberación de los pueblos originarios de América y del mundo, al contrario, somos cómplices de todos aquellos “indios” que se niegan al progreso, que se han saboteado maquinarias, que han realizado bloqueos y barricadas para frenar el progreso ecocida de los mega proyectos de muerte, somos cómplices de todos aquellos que se enfrentan directamente al poder, que resisten y más que resistir combaten golpe por golpe, muerte por muerte a los gobiernos y empresas asesinas, que al fin y al cabo son la cara de la misma moneda. Nosotros los anarquistas y otras individualidades y colectivos libertarios hemos sufrido amenazas de muerte, persecución, encarcelamientos, muerte de compañeros y por ello conocemos perfectamente lo que significa luchar sin treguas contra los verdugos que ejercen el poder desde la economía y la legalidad industrial y civilizada, más no por ello nos asumimos como víctimas o negociamos con el Estado y las empresas, al contrario, nos asumimos cada vez más como voluntades guerreras que atacaran en la clandestinidad, dando estratégicos, duros y letales golpes al sistema de muerte en los puntos donde más le duele ... y en lo cotidiano seguiremos tejiendo redes de afinidad, llevando a cabo un sin fin de proyectos autogestivos, dando apoyo a todos los proyectos autonómicos y de liberación de las poblaciones que así lo hayan decidido.

Esta crítica es porque vemos en la candidatura de Marychuy cosas que lejos de hacer avanzar la liberación, la retrasan; el apoyo hacia las comunidades indígenas de México y el mundo por parte de los anarquistas siempre ha estado ahí... y lo seguirá estando, porque uno de los problemas más graves de la humanidad ha sido el colonialismo y no cesaremos de luchar contra él hasta verlo arder en las llamas de la acción directa.

Algunos anarquistas por la Anarquía
28 de Noviembre 2017, desde algún lugar de México.

Notas

[i] Proudhon, P.J. (1851), *Idea general de la revolución en el siglo XIX*.

[1] En el libro *Magonismo: historia de una pasión libertaria 1900-1922* de Salvador Hernández Padilla se recopilan algunos datos que exponen las diferencias y conexiones que había entre el zapatismo y el magonismo anarquista. Entre la información destaca la correspondencia personal entre Emiliano Zapata y miembros de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

Destruye las barreras

Extraído de la publicación anarquista “Aversión”, nº12

Naciones y nacionalismos. Banderas de países y sus fronteras más o menos permeables, más o menos letales. Estados, leyes y títulos de propiedad, pero también ciudades y demás asentamientos permanentes. Soberanía como una cosmovisión que permite tanto exigir y cobrar impuestos como reclutar soldados a la fuerza, alistando entre la población de manera evidente y brutal o incluso de forma más sutil. Cuerpos colgando de alambres de púas o desecados bajo el sol despiadado de un desierto. Cuerpos hinchados que se hunden en las profundidades oscuras o flotan en mar abierto, lejos de playas veraniegas. También cuerpos hacinados en los CIE, campos de concentración del Capitalismo para aquellas personas que no tienen los papeles adecuados o el dinero suficiente. Todo ello es solamente una pequeña parte de lo que significa delimitar tierras y mares, es decir, imponer barreras no naturales inventadas por algunos de los humanos pertenecientes a esta civilización que nos rodea y que nos ahoga, aunque la soga nos parezca invisible o, tal vez, dorada.

Las barreras sirven para excluir, para crear una división entre un interior y un exterior, reflejo de la división del mundo en dos clases: los explotados y los explotadores. Las barreras -ya sean reales o imaginarias- son un instrumento necesario para formar un “nosotros”, una identidad que pueda servir de unión contra toda persona forastera en su sentido más amplio, o sea, el extranjero, el extraño, el marginal, el desviado, y no es casual que “forastero” tenga la misma raíz etimológica que los vocablos “forajido” y “foresta”. Antigüamente, todo lo que se extendía más allá de los límites de

una ciudad solía ser selva y, por tanto, cualquier persona, tribu o cultura que de allí proviniese era tachada de incivilizada, inferior, o dicho de otra manera, salvaje. Ahora como entonces, lo que es diferente tiene que ser rechazado violentamente, domado y luego plasmado y absorbido o simplemente aplastado de la manera que sea, ya que conlleva en sí mismo, en su misma existencia, un grave peligro para la estabilidad del sistema de dominación erigido cuidadosamente por quienes mantienen las riendas de la sociedad en sus manos. Se trata del miedo a perderlo todo, dado que su control sobre un territorio y una población es totalitario, una verdad absoluta, excluyente respecto a cualquier otra posibilidad, precisamente porque la existencia de algo radicalmente diferente amenaza con ayudar a poner en cuestión los cimientos del poder.

Sin embargo, las barreras son también filtros, una manera para controlar los flujos de personas y de objetos transformados en mercancías. Se abren y se cierran según lógicas de la economía o simples antojos. Una frontera intenta crear una ausencia de movimiento -aunque sea momentánea- para exigir un precio, una tarifa, sacar provecho de los flujos más básicos de la vida, intentando imponerse sobre su nomadismo intrínseco. Las aduanas son una prueba de que nada ha cambiado a lo largo de los últimos milenios, a pesar de la retórica de una sociedad basada en la “libertad”. En realidad, las aduanas solamente cambian de sitio y de forma, y nuestras limitadas o aparentes libertades de movimiento y de expresión son simplemente una de las caras de la moneda. Porque, al mismo tiempo, son los disparos de la Guardia Civil sobre quienes intentan cruzar las vallas en Ceuta. Son el encierro de miles de migrantes en prisiones en Libia, subvencionadas por la Unión Europea desde la época en que Gadafi todavía no era un dictador para los políticos y periodistas del “Primer Mundo” sino un representante de un poderoso Estado petrolero. Son también las miradas de las personas con aun menos suerte, en el momento exacto en que se dan cuenta de que han sido alejadas de la costa mediterránea en camiones para ser abandonadas sin agua en medio del desierto del Sáhara. Son las bombas israelíes que llueven periódicamente sobre Gaza, y los controles interminables en los checkpoint a lo largo del Muro de Cisjordania que vejan a los palestinos incluso cuando están en la camilla a punto de morir o de parir. Son los radiotransmisores de fondo y las risas sádicas de los Minutemen mientras hacen sus rondas paramilitares en la frontera Sur de Estados Unidos. Son el último latido de quienes mueren sofocados mientras se resisten a la repatriación forzada que algún agente de policía democrático se dispone a llevar a cabo con mucho entu-

siasmo. Son además las llaves de las celdas de los CIE que los operadores de la Cruz Roja Italiana llevan en sus bolsillos, como un carcelero cualquiera, y los palos que amablemente traen a los antidisturbios que entran para reprimir la enésima revuelta de los migrantes recluidos.

Desde su nacimiento, la Cruz Roja ha sido una herramienta para los intereses de los poderosos. Por un lado, esta organización militar cura las heridas de los soldados para que no sufran demasiado los horrores de la guerra y no acaben amotinándose, y para que puedan volver al frente lo antes posible, a seguir combatiendo y conquistando. Por el otro, la Cruz Roja proporciona a las poblaciones invadidas lo mínimo necesario para que sobrevivan y no lleguen nunca a la desesperación que alimenta las revueltas, trabajando además como los ojos y las orejas del aparato militar, al mismo tiempo introduciendo entre “los salvajes” el nuevo estilo de vida que hay que seguir y los nuevos productos que hay que consumir, sin tener que convencerles a través del uso de las armas. Es simplemente la cara bonita del militarismo y no es ni benévola ni neutral: la única faceta “neutral” de la Cruz Roja es que realmente da igual el color de la corbata o del uniforme que sus dirigentes lleven, algo que se puede apreciar observando fotos de Carlos Eduardo de Sajonia-Coburgo-Gotha, príncipe alemán, famoso por ser nieto de Victoria, reina británica, y un poco menos famoso por ser un nazi ejemplar y por haber sido durante el gobierno de Hitler el presidente de la Cruz Roja Alemana.

El sufrimiento causado por la existencia de fronteras no va a desaparecer gracias a reformas y leyes menos rígidas o peticiones y unos CIE “más humanos”. Regular el grado de permeabilidad de una frontera nunca tocará los cimientos de aquella barrera en sí y, por lo tanto, seguirá habiendo dos clases distintas de personas y una jerarquía de dominación. Seguirán los negocios, el Capitalismo y el expolio del colonialismo. No podemos criticar radicalmente y deshacernos de las fuerzas armadas y represivas sin hacer lo mismo con las fronteras externas e internas que los soldados, policías y guardas jurados controlan. Como tampoco podemos hacer al revés, porque cada elemento del Sistema depende íntimamente de otro y viceversa.

Si alguien quiere pensar que podría existir un truco, éste seguramente no será ir hacia el “centro”, hacia el Poder, conquistarlo, tomar las riendas del Estado para gestionarlo mejor. No hay manera de administrar bien la muerte, la destrucción, la esclavitud, el sufrimiento y la opresión. Se

puede intentar dar una nueva capa de color al Sistema pero será lo que siempre ha sido.

Como analiza también James C. Scott en su libro sobre una vasta zona de tierras altas de Asia Sudoriental denominada Zomia, lo que permite la destrucción de todo tipo de fronteras y barreras no naturales, tanto físicas como mentales, es el hecho de alejarse del Estado. Distanciarnos del “centro” e incluso de las “periferias” -que, para ser tales, siempre gravitan alrededor de un “centro”- nos libera, situándonos fuera del alcance de las garras del Poder, lejos de su control sobre cada detalle de nuestras vidas y lejos de su influencia sobre nuestros sentimientos y pensamientos. Buscar la marginalidad y el nomadismo, aunque sea sólo metafóricamente, como actitud, quiere decir encontrar eventualmente espacios y momentos para nosotros, para desarrollarnos sin la homogeneidad aplastante que el Estado nos quiere imponer.

Se ha dicho en alguna ocasión, no por casualidad, que ciertas poblaciones chinas de las zonas fronterizas habían empezado a seguir la vía del pastoreo nómada y que se construyó la Gran Muralla tanto para mantener a los chinos dentro de China como para mantener a los bárbaros fuera.

**Mientras existan papeles,
siempre habrá quien no los tenga.**

**Mientras existan fronteras,
siempre habrá alguien que
no podrá cruzarlas**

